



GABRIEL BASTIDAS
Estudia Inglés-Francés, Universidad de Nariño

SOL DE NOCHE

Una luz resplandeciente atraviesa las ventanas de una vieja y pequeña casa. Es el hogar de mi abuela y habíamos llegado de visita con mi hermano. La casa se ubicaba lejos de la ciudad, cerca de la carretera principal y entre campos de maíz. Arribamos en la tarde, así que mi abuela nos ofreció café. Luego de charlar y dar un paseo por los campos, el cielo se oscureció y nos disponíamos a volver a la casa para descansar. Antes de apagar las luces, nuestra abuela nos recordó e insistió en rezar antes de dormir. Mi hermano lo hizo, pero yo ya me había alejado bastante de la religión, y rezar era algo que ya había dejado de hacer.

Al siguiente día estaba en la cocina a punto de prepararme el desayuno. Me había despertado temprano, aunque no me explicaba por qué la abuela no se levantaba aún. Ella siempre se despertaba incluso antes del amanecer, que es alrededor de las seis de la mañana. Pero esta vez, el sol ya estaba radiante y sus rayos alumbraban casi toda la vivienda. De pronto, noté a través de la ventana de la cocina, una niña pasando por ahí. Era muy linda y al asomarme al cristal, ella detuvo su caminata y dirigió la mirada hacia mí. Rápidamente fingí ver algo más, pero ella me saludó inmediatamente. No podía ser descortés y desaprovechar la oportunidad de conocerla, así que la saludé de vuelta. Ella se acercó a mí y me preguntó si era familiar de doña Carmen, mi abuela. Asentí, diciendo que era uno de sus nietos. Luego me invitó a recorrer los campos. Aunque ya lo había hecho, quería conocer a esa bella niña, así que salí de la casa y nos fuimos a caminar.

Conversamos bastante hasta que nos detuvimos en un lugar frente a unos matorrales que no permitían la vista al otro lado. La niña tomó mi mano y traspasamos aquellas plantas para descubrir que al otro lado, yacía una hermosa cascada que no estaba a la vista de cualquiera que no gustara de explorar y curiosar. Me dijo que entrara al agua con ella, pero yo no tenía muchas ganas. Le dije que no, pero ella insistió, entonces comenzamos a jugar. De pronto reaccionó ante algo que escuchó, pero yo no. Parecía que se percató de alguien que se acercaba. Entonces, ella se volvió hacia mí y trató de empujarme. No me movió tan siquiera, pero ella lo intentó con más fuerza y se veía más enojada cada vez. No entendía por qué. Tal vez quería que nos escondiésemos, pero de igual manera, no estábamos haciendo nada malo. Le dije que se detuviera, pero no me hizo caso, y fue ahí cuando alcancé a notar algo diferente en ella. Uno de sus ojos estaba enrojecido.

Escuché a mi abuela gritar. Fue justo en ese momento cuando me detuve a pensar en mi abuela, en la casa, en el hecho de que... no recordaba cómo desperté esa mañana. No recordaba haber escuchado el despertador que configuré en mi celular. Tampoco cuándo me levanté de la cama y bajé hasta la cocina. Simplemente abrí los ojos y estaba frente a la ventana mirando a esa niña linda y coqueta que me invitaba a ser su amigo.

El cielo se tornó oscuro, el sol amarillo se convertía en una blanca luna que ni siquiera daba indicios de que terminaría su turno, los grandes matorrales desaparecían y se veían campos de maíz nada más. Cuando miré aquella supuesta cascada, el agua dejaba de correr poco a poco, las piedras y la tierra desaparecían formándose un risco cuyo borde se situaba apenas a unos centímetros de donde mis pies se plantaban. A lo lejos escuché a mi hermano gritando mi nombre y mi abuela





rezando una extraña oración. Saqué fuerzas de donde no tenía y empujé a eso que parecía una niña. Al caer al suelo, los delicados rasgos de mujer que poseía, se modificaban dejando un grotesco aspecto, el de un hombre viejo y pequeño. Mi abuela se acercaba cada vez más, y con su oración perturbaba a ese engendro. Lastimosamente sólo conseguía hacer eso, además de enfurecerlo y así, provocar un terrible acontecimiento. Ella no pudo detenerlo.

Extraño fue que justo después de acabar con la vida de mi abuela, este ser se transformó. Sus ojos ya no eran rojos como unos instantes atrás... ahora eran negros. Parecía que ya no quería hacernos daño (a mi hermano o a mí), sin embargo nos vigilaba de cerca, y lo sigue haciendo, nunca se ha apartado de nosotros. Ya lleva algún tiempo así y no sé hasta cuando, pero sí sé que tengo miedo y es a causa de esos ojos que ahora están volviendo a enrojecer.